

# EL TRABAJO EN LA ECONOMÍA POPULAR: REFLEXIONES EN TORNO AL SUJETO, LA ORGANIZACIÓN Y EL USO DEL ESPACIO PÚBLICO EN LAS FERIAS POPULARES DE ROSARIO

**María Madoery**

Licenciada en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario (UNR)  
Integrante Observatorio de Políticas Públicas de la Economía Popular y Solidaria (OPPEPS)- Centro de Estudios Desarrollo y Territorio (CEDeT) – UNR  
Integrante Instituto para la Producción Popular Rosario (IPP Rosario)  
[mariamadoery@gmail.com](mailto:mariamadoery@gmail.com)

## Resumen

En el presente trabajo nos interesa problematizar el trabajo de la economía popular a partir del análisis de un fenómeno particular de comercialización: las ferias populares urbanas de la ciudad de Rosario. Las reflexiones aquí contenidas forman parte de un trabajo más amplio de tesina de grado denominado “Dinámicas socio-urbanas de la economía popular. Las ferias del Tanque y Homero Manzi de Rosario” (2019), en el cual se abordó una combinación de enfoques teóricos entre la perspectiva de la economía social, solidaria y popular, y la mirada de los estudios territoriales, basándonos primordialmente en el trabajo de campo.

Las ferias populares surgen en plazas en el 2001, en un contexto de deterioro de las relaciones y espacios laborales, marcadas tanto por la necesidad de trabajo como de consumo a bajo costo. Actualmente no se encuentran regularizadas por el Estado Municipal, por lo tanto no hay registro oficial de los trabajadores ni de la actividad económica que involucran. Sin embargo, funcionan en forma regular y organizada.

Estas ferias han modificado la dinámica urbana y comercial de los territorios, generando una fuente de inserción laboral y social, así como espacios de encuentro y sociabilidad para miles de personas. Se han sostenido y consolidado a partir de la reproducción de lógicas propias de organización y de relacionamiento al interior y con distintos actores de la sociedad y el Estado. Sin embargo, este anclaje en el territorio también produce tensiones y disputas territoriales por la ocupación del espacio público.

En este sentido, se busca, a partir de esta experiencia, pensar a la economía popular desde las prácticas solidarias que habilita y los modos de inserción laboral que genera; desde las disputas e implicancias de la utilización del espacio público como espacio de trabajo, y por último, desde la generación de mecanismos propios de ordenamiento y funcionamiento que van construyendo lo que entendemos como una institucionalidad popular.

**Palabras clave: Ferias populares - prácticas solidarias - institucionalización popular**

## Introducción

Parados en la idea de que el análisis de las prácticas concretas en el territorio, da sentido y enriquece los debates y enfoques teóricos, proponemos en este trabajo, un acercamiento a la Economía popular y la

Economía Social y Solidaria a partir de una experiencia de la ciudad de Rosario: las ferias populares urbanas.

Por ferias populares de la ciudad de Rosario, nos referimos a una serie de espacios de comercialización urbanos que surgieron durante la crítica coyuntura del 2001, en un contexto de deterioro de las relaciones y espacios laborales, y de las condiciones sociales de vida de gran parte de la población, marcadas tanto por la necesidad de trabajo como de consumo a bajo costo. Ubicamos así a estas experiencias, como parte del fenómeno de la economía popular, e identificamos en la ciudad de Rosario cinco de estas ferias en distintos barrios de la periferia que permanecen en funcionamiento al día de hoy.

Destinadas a la venta de mercadería de distintos rubros, están compuestas por un conjunto de pequeños comerciantes y productores, que agrupados y organizados en una localización específica, llevan adelante la actividad de forma regular y programada. Respecto al consumidor, si bien es diverso, en general se trata de un sujeto de ingresos medios y bajos proveniente del sector de trabajadores de la economía popular, amas de casa, trabajadoras domésticas, asalariados no formalizados de pequeñas empresas, obreros y comerciantes, entre otros.

Actualmente las ferias populares no se encuentran regularizadas por el Estado Municipal, por lo tanto no hay registro oficial de sus trabajadores ni de la actividad económica que las mismas involucran. Sin embargo, funcionan como espacios de comercialización de los sectores populares donde muchos rosarinos viven de la venta, y muchos otros compran la mercadería que necesitan. Por su regularidad y cotidianeidad, entendemos que se generan allí lazos y controversias sociales, vinculaciones familiares o comunitarias, acciones y prácticas colectivas, disputas territoriales.

A lo largo de estas páginas, nos interesa puntualizar cuatro reflexiones. En primer lugar, destacamos la construcción identitaria que ha logrado desarrollarse en las ferias. Este fenómeno, como parte del conjunto de la economía popular, no es una experiencia esporádica ni de carácter transitoria. Por el contrario, son experiencias consolidadas, surgidas a causa del desplazamiento de un porcentaje de la población del mercado de trabajo formal en las últimas décadas. En este sentido, a lo largo de estos años, han construido un tipo de trabajador con características específicas. El feriante popular es un sujeto con especificidad propia, que se diferencia tanto de otro tipo de feriantes como de vendedores ambulantes y emprendedores.

Como segundo eje destacamos a las ferias como reproductoras de prácticas económicas alternativas. El sujeto feriante está de hecho atravesado por las subjetividades propias de la época neoliberal, pero también construye sociabilidades diversas y otros modos de vinculación populares. Creemos que en estos espacios, se ha habilitado la construcción de arreglos económicos distintos a los fijados por la economía de mercado formal a partir de la experiencia del trueque. De este modo, posibilitaron basar la actividad económica en relaciones de reciprocidad, ayuda mutua y prácticas solidarias, las cuales persisten en la actualidad incorporadas en el imaginario social y en la praxis de los feriantes.

En tercer lugar remarcamos que las ferias populares, así como otras experiencias de economía popular, amplían los espacios de trabajo hacia la trama urbana, instándonos a analizar las relaciones laborales y las dinámicas económicas ya no acotadas a la fábrica, la empresa, la oficina o al comercio, sino extendidas en el espacio público. En este sentido, pensar el trabajo en la economía popular es también

pensar en las disputas, apropiaciones, gustos y disconformidades de la utilización del espacio público como espacio de trabajo.

Por último, afirmamos que en las ferias populares de Rosario, se observa la generación de mecanismos propios de ordenamiento y funcionamiento que van construyendo lo que entendemos como una institucionalidad popular. Es decir, las ferias populares crean parámetros, normas y reglas de administración y uso propios de los espacios, basadas en mecanismos de regulación colectivos y en las particularidades de su propia historia, sus propios intereses y sus propias necesidades. Estos modos de institucionalización popular, se enfrentan o se hibridan a los modos de la institucionalidad formal del Estado.

### **Reflexiones 1: Sujeto feriante**

Las ferias populares surgen como fenómeno en nuestro país durante la crisis política del 2001, o incluso algunos años antes durante la década del 90. Durante este período, en el cual comenzó un importante proceso de reestructuración social, se configuraron nuevos espacios de trabajo, como respuesta directa a los altos niveles de desempleo. Las políticas neoliberales de los noventa en el mundo laboral tomaron forma de precarización y flexibilización. Mientras tanto, un gran porcentaje de trabajadores desplazados del empleo, tanto formal como en negro, fueron ensanchando las filas de lo que llamamos el trabajo de la economía popular. La falta de trabajo como conflicto político emergente empujó a estos trabajadores a organizar sus propias iniciativas e “inventarse” mecanismos de trabajo para la subsistencia. De esta manera, se agudizó la presencia de trabajadores quinteros y agricultores familiares en el sector rural, y de cadetes, limpiavidrios, cartoneros y feriantes, entre otros, en el sector urbano.

Las ferias populares emergieron como expresión de ello. Frente a un despido, una situación de vulnerabilidad laboral, o como modo de complementar otros ingresos del hogar, la posibilidad de articular la venta o reventa de cualquier producto, se presentó como una estrategia de rebusque y de rápida inserción laboral. En paralelo, otro elemento interesante de observar, es que las ferias habilitaron una particular forma de acceso a bienes y servicios a través de redes de trueque o de bajos costos, permitiendo la inclusión social de los sectores más perjudicados precisamente a través del consumo popular.

Ahora bien, esta nueva configuración de la feria como espacio de trabajo que alberga a quienes fueron desplazados del empleo formal, y como nueva forma de consumo popular, lejos de declinar en el período posterior a su expansión a raíz de la crisis, permanece. A lo largo de estos casi veinte años, muchas de estas ferias han seguido en pie, consolidándose y arraigándose en el seno de nuestra sociedad. Las ferias muestran nuevas formas de articulación político-económicas. En palabras de Gago, “*el saber-hacer feriante se vuelve un modo permanente de gestión de una crisis mayor: la del mundo asalariado formal*” (Gago, 2014:31). De este modo, la expansión y permanencia de las ferias ha ido configurando un espacio de trabajo pero también un espacio de encuentro y sociabilidad, que construye un tipo particular de trabajador dotado de una identidad individual y colectiva propia, que es el trabajador feriante.

Feriantes populares pueden ser pequeños comerciantes, productores o revendedores de mercadería de cualquier rubro, que llevan a cabo su actividad en conjunto con otros trabajadores en una localización y

tiempo específicos. De esta manera, el feriante es un sujeto distinto al vendedor ambulante y más distinto aún al emprendedor. El vendedor ambulante vende productos generalmente industriales y de bajo costo en la vía pública, plazas y parques. No comparten un espacio de trabajo común, sino que su actividad se ejerce de forma segregada. No obstante, es un trabajador organizado con representación sindical nucleado en el Sindicato de Vendedores Ambulantes de la República Argentina (Sivara), siendo su actividad regulada en el ámbito local por la Ordenanza N° 7.703 aprobada en el año 2004.

La diferencia con el emprendedor radica en que los feriantes populares carecen de la posibilidad de elegir un estilo de vida como trabajador independiente. Son feriantes y muchos de ellos, orgullosos, eligen serlo; pero ello no significa que como colectivo, el sujeto feriante posea la libertad de decidir cómo y bajo qué parámetros llevar a cabo su actividad económica, como sí puede ser el caso de un emprendedor.

Los feriantes son sujetos marginados y generalmente más estigmatizados por la sociedad. Analizando La Salada Gago afirma que *“al ser cada vez más masivas y callejeras, estas economías informales oscilan entre la hipervisibilización y la invisibilidad”* (Gago, 2014: 37). La invisibilidad se les impone como característica en una sociedad que no asume las formas de trabajo de la economía popular como trabajo legítimo. Una sociedad que esconde y margina a este trabajador por no lograr hacerse cargo de su condición y generar las instancias para su reproducción digna. Mientras que la hipervisibilidad, se les expone por su condición de trabajadores del espacio público. Los trabajadores de la economía popular y especialmente los feriantes, están allí, se hacen presentes, y necesitan ser vistos para llevar adelante su actividad económica.

De esta manera, el sujeto feriante posee sus propias características definitorias y constitutivas. Asimismo, es importante señalar que este sujeto no es homogéneo. En las ferias barriales encontramos desequilibrios en las posibilidades laborales de cada trabajador. Se observan diferencias en cuanto al capital de trabajo con el cual sustentan su actividad, y respecto a si el comercio ferial constituye una actividad económica exclusiva o complementaria.

Como expresa Hugo, uno de los feriantes entrevistados, *“hay gente que tiene mucho poder adquisitivo, vienen a vender porque es negocio. Y después hay gente que incluso está sacando lo poco que tiene en la casa para vender acá. Porque ven que venden una sillita, un cochecito, lo que vos te puedas imaginar”*. Los contrastes que marca Hugo son fácilmente detectables en el paisaje ferial. Hay puestos en los que se evidencia la posesión de cierto capital de trabajo, o posibilidad de inversión, como es el caso de quienes cuentan con una camioneta para almacenar la mercadería, un generador eléctrico para hacer licuados, o aquellos que usan la feria para vender productos electrónicos que comercializan durante la semana en un local barrial. Por otro lado, y en un número considerablemente mayor, puesteros que llevan lo que tienen y pueden en ese momento, ya sea ropa usada, mobiliario o accesorios del hogar. En estos últimos no hay planificación ni inversión posible.

Por otro lado, en las ferias hallamos personas cuyo trabajo allí representa su fuente única de ingresos, mientras que para otros es un complemento al ingreso generado en otro espacio laboral. A la inversa, también hay feriantes que deben complementar el trabajo en la feria con alguna changa, particularmente desde los últimos meses de delicada situación económica nacional. En estos casos, la actividad complementaria suele estar también asociada al comercio en otros espacios o de forma domiciliaria. En menor medida son trabajos de otros rubros.

Estas realidades diferentes, producen contrastes en las posibilidades de inserción laboral. No obstante, y más allá de las diferencias marcadas, en términos generales y en base al trabajo de campo realizado, podemos afirmar que para la gran mayoría, la feria es su actividad económica exclusiva. En este sentido, Tito, otro feriante, afirma *“vivimos de esto la mayoría, porque el que tiene un trabajo no va a venir acá porque acá te agarra frío, lluvia, sol, te pelas la cara. La mayoría viven de acá. Puede ser que algunos tengan un trabajo el hombre y la mujer venga para ayudar en la casa. Pero la mayoría son gente que andan sin trabajo, que no consiguen, o gente que tenía un trabajo y lo echaron”*. Hugo, se anima a arriesgar porcentajes y dice: *“Yo calcularía que un 70% vive exclusivamente de la feria y sólo un 30% no”*.

No todos los feriantes asisten la totalidad de los días de feria, algunos van sólo un día de los dos del fin de semana, o dejan de ir en condiciones climáticas extremas. Aquel 30% o el porcentaje que represente a quienes complementan sus ingresos en la feria, tiene márgenes un poco más amplios para ello, que quienes dependen de la venta ferial para vivir.

En paralelo, y remitiéndonos al trabajo de la economía popular, es interesante ver que el desarrollo de las ferias populares ha habilitado la emergencia de una variedad de otros trabajos vinculados a la satisfacción de las necesidades de servicios que el emplazamiento de las ferias requiere para su funcionamiento regular. Nos referimos específicamente a la actividad de flete que realizan aquellos que trasladan la mercadería de ciertos puesteros, tanto para ir a la feria como para volver a sus casas; el alquiler de los tablonés y de gazebos o medias sombras, los cuales son servicios que requieren muchos puesteros fundamentalmente aquellos que tienen un lugar fijo en la feria; el servicio de sanitario que prestan en sus viviendas algunos vecinos; el servicio de limpieza del espacio público que se realiza al terminar la jornada; y en algunas ferias, los cuidacoques.

Estos trabajadores también forman parte del conjunto de la economía popular, por lo cual comparten características en relación a la vulnerabilidad de condiciones de trabajo y de derechos laborales. Son parte del universo de actores que conforman la feria, comparten las pautas de convivencia con los feriantes, y por ende también deben ser tenidos en cuenta tanto a la hora de analizar estos espacios, como de pensar las estrategias de intervención en pos de una regularización.

Por último, es posible afirmar que la dinámica de la feria permite a su vez, aumentar la actividad de los comercios (particularmente de alimentos), que residen cerca de los emplazamientos. No hemos constatado sobre la apertura de nuevos comercios, pero sí de locales que han cambiado sus horarios de funcionamiento para coincidir con la feria. Los feriantes realizan jornadas de entre 6 y 8 hs, por lo cual la venta de comida y bebida de rotiserías, almacenes, kioscos y verdulerías se vuelve una posibilidad para estos pequeños comercios.

## **Reflexiones 2: El trueque y las prácticas solidarias**

Este sujeto feriante que describimos, con su trayectoria e identidad propia, es en su praxis un sujeto solidario. En las ferias populares, se expresan modos de relacionamiento interpersonales y colectivos que manifiestan la presencia de prácticas asociativas y de cooperación.

Por supuesto que las ferias no están exentas de la proliferación de prácticas individualistas o competitivas, que muchas veces predominan por la necesidad de resolver las carencias propias e inmediatas. Vender y ocupar un buen lugar en la feria, en lo posible a la protección del sol y sobre todo

cuando no se cuenta con tablonos ni gazebo, son el principal motivo por el cual los feriantes están allí. Y es por ello, que en ese momento, cada uno se preocupa por su propio bienestar, por garantizar las ventas y defender su lugar. Allí, cuando se trata de hacer valer el esfuerzo del trabajo y llevar el pan a la casa, emergen las actitudes más competitivas profundamente arraigadas en la subjetividad. Es decir, en estos espacios se expresan conflictos y disidencias internas, que son producto de la condición misma del sujeto feriante en cuanto trabajador vulnerado en sus derechos laborales, precarizado en los distintos aspectos de la vida humana como el acceso a servicios básicos de vivienda, alimentación, salud y educación, y víctima de injusticias sociales de desconocimiento y marginación.

Sin embargo, sostenemos a partir del trabajo de campo realizado, que la consolidación, perdurabilidad e institucionalización de las ferias es posible debido a que por sobre aquellas diferencias, prevalecen entre los feriantes lazos sólidos de solidaridad popular.

Como ejemplos observamos que: en las ferias populares hay solidaridad en la actividad económica. Los gestos solidarios entre los feriantes son cualidades que ellos reconocen en sí mismos, y que incluso pueden advertirse al poner atención a sus dinámicas de trabajo y formas en las que ejercen la comercialización. En general a los feriantes nuevos se les hace un lugar tanto si se instalarán permanentemente como si están buscando un ingreso complementario de forma transitoria. Y si dos feriantes venden iguales productos ubicados en cercanía, se acuerdan los precios para que no haya conflicto. Además, es habitual escucharlos recomendando el producto de otro compañero cuando los propios no satisfacen la búsqueda del cliente.

La solidaridad también emerge frente a situaciones de vulnerabilidad o necesidad ajena, como en el caso de Alejo, un niño de 11 años a quien los feriantes le compran tortas para ayudarlo a pagar su viaje de egresados. En el contexto ferial se viven múltiples situaciones en las que quedan expuestos altos niveles de pobreza y vulnerabilidad socio-económica. La solidaridad de los feriantes en la colaboración con ello es un componente constante de la compra-venta, reflejado en frases del actuar permanente como “si no tenes dame lo que tengas” o “dejá me lo debes y después me das”. Lo cual, además de solidaridad, refleja la existencia de vínculos de confianza entre quienes asisten de manera regular.

La solidaridad también aparece como forma de cuidado colectivo. Es decir, prácticas solidarias, colaborativas entendidas como actitudes de un feriante en pos del bienestar común, y a la inversa, como comportamientos colectivos que buscan el cuidado de la comunidad en general o de un compañero en particular. Así, un hombre que reparte chocolatada gratuita en invierno, la generación de un fondo común voluntario para la limpieza de la plaza y la protección que realizan sobre los más vulnerables frente a la posibilidad de desalojo.

Por su pasado de lucha, por la fortaleza adquirida ante las adversidades o por la bondad propia del sentirse semejante, en el feriante popular la solidaridad y la generosidad brotan de manera genuina y naturalizada. Por todo ello es que entendemos que las ferias populares exponen un capital social y cultural común que los une en su condición de feriantes y los exhibe como actor colectivo. Los referentes de las ferias llevan adelante una constante lucha por el mejoramiento de las condiciones de trabajo del colectivo ferial, y han evitado que actores internos o externos se apropien de la administración de los puestos con prácticas de cohesión o extorsivas. En este sentido, esta presencia de componentes

colaborativos en el actuar cotidiano, conforma una base sólida que explica en gran medida el sostenimiento y permanencia de las ferias, y permite pensar en su perdurabilidad y expansión.

Las prácticas solidarias se articulan como pactos expresos o subyacentes de convivencia, que pueden emanar de las propias estrategias de supervivencia, pero que indudablemente forman parte del hacer y el sentir del sujeto feriante. En otras palabras, la reproducción económica de la feria es insostenible sin un trasfondo de producción y reproducción social del feriante como sujeto colectivo solidario.

De acuerdo con esto, las formas de relacionamiento ejemplificadas y descritas, en las cuales se valoran aspectos de la sociabilidad, la solidaridad y la comunidad, son nuestro punto de partida para poder pensar que allí, se gestan comportamientos económicos guiados por lógicas de reproducción distintas, y contrapuestas a la búsqueda de maximización y acumulación de capital. En este sentido, la experiencia del trueque como rasgo originario es un antecedente clave para entender estas prácticas que de alguna forma persisten en la actualidad incorporadas en el imaginario social y en la praxis de los feriantes.

Las ferias populares en Rosario, al igual que muchas otras ferias a lo largo y ancho del país de características similares, nacen en un contexto de proliferación del trueque como modalidad de intercambio. Frente a la inminente crisis económica del 2001, y su consecuente desvalorización y pérdida de credibilidad y sustento del sistema monetario nacional, los clubes de trueque comienzan a brotar especialmente en las grandes urbes. Por medio de la institución de alguna moneda social, se constituyeron como asociaciones de personas que buscaron basar su práctica económica en experiencias de intercambio alternativas o complementarias.

La moneda social se instituyó como emisión de moneda propia, paralela, que podía o no tener una relación de valor o paridad con la moneda tradicional nacional. Estas pautas eran creadas y administradas por sus propios usuarios (Bisaggio Soares, 2013). Las experiencias exitosas en grupos pequeños, fueron expandiéndose hacia la conformación de redes de trueque articulando distintos nodos originarios.

Las ferias populares de Rosario, registran esta modalidad en los inicios de su actividad. Tito, hoy referente en la Feria del Tanque, rememora: *“yo arranqué trabajando allá en Eucaliptus (Feria de los Eucaliptus) y ahí se cambiaba, por ejemplo, yo llevaba una polenta y cambiaba por un arroz o por un pedazo de carne”*.

Los primeros feriantes intercambiaban sus productos utilizando créditos con validez de \$1, \$2, \$5 y \$10. Sara es feriante de la Feria del Tanque desde aquel momento, y recuerda que entonces, el predio era *“todo campo, todo pelado”* y se veía mucha venta de comida como choripanes, empanadas, torta frita, torta asada y jugos, y la ropa era fundamentalmente usada. El crédito funcionaba como un *“ticket”* o *“vale”* para realizar las transacciones y era válido únicamente al interior de la feria. El sostenimiento del sistema de trueque se basaba en la regularidad de los encuentros, y la confianza mutua entre los participantes, quienes iban construyendo relaciones sociales afianzadas a partir de las operaciones de intercambio, y por ello era importante que los vendedores sean también consumidores. Si bien un club de trueque no constituye en sí mismo una organización de economía solidaria, sí podemos afirmar que de estos procesos se originan vivencias y vínculos que aportan a la vigencia de otras formas de relacionamiento en lo laboral y económico.

De esta forma, desde el sentido sustantivo de la economía, según la distinción de Polanyi (2011, 2018), tenemos aquí un ejemplo de formas distintas de organización de la producción y distribución económica. En los clubes de trueque se dinamizan otros arreglos económicos a los fijados por el mercado formal, que

de acuerdo a Polanyi podríamos entender como principios de integración de reciprocidad y administración doméstica. Estas lógicas no serían una mera agregación de conductas individuales, sino una integración basada en apoyos institucionales concretos, como es en este caso la institución del intercambio a través del sistema de crédito.

Los créditos funcionaron durante unos años en las ferias populares, estimamos por lo recabado en las entrevistas, hasta el año 2004, 2005 aproximadamente. Con la reactivación económica a nivel nacional, y la redistribución paulatina de ingresos desde el Estado hacia los sectores populares a partir de determinadas políticas activas de empleo, volvió a difundirse la circulación de dinero en estos espacios hasta que dejó de utilizarse el trueque.

Las ferias populares no se disolvieron ni se redujeron con el cambio de modalidad de intercambio. Por el contrario, avanzaron en el proceso de consolidación tanto de las ferias como espacio social, como de los feriantes en cuanto sujeto colectivo identitario. Por un lado, la reconversión y consolidación da paso a la ampliación de la mercadería en venta, pues la monetización de la feria trae aparejada la capacidad de conexión con otros circuitos mercantiles. Además de lo que ya se comercializaba, se incorpora la reventa de productos industriales, por lo que vendedores como Sara reemplazaron la venta de ropa usada, por la venta de ropa nueva traída directamente de La Salada.

En este sentido, la circulación de dinero reconvierte la trama urbana del desarrollo ferial dotándolo de otro sentido propio. Aquellos otros modos de organización económica instituidos durante el proceso de constitución del espacio, se transforman y se hibridan con lógicas de la economía formal.

Ahora bien, por otra parte también queremos destacar aquí, que la experiencia del trueque ha quedado arraigada en el imaginario social y en la praxis de los feriantes. De hecho, es notorio observar que el término trueque continúa utilizándose en el lenguaje popular para hacer referencia a estas ferias.

El intercambio ya no transcurre estrictamente bajo aquella modalidad de trueque que recuerdan los feriantes más antiguos, pero sí hay un reconocimiento de la existencia de ciertas prácticas que se le asemejan. Las palabras de Sara son gráficas en este sentido, cuando afirma: *“esto es como un trueque. Yo ahora en este momento no vendí nada, pero si hubiese vendido algo, tengo que llevar papel higiénico, jabón, detergente a la casa. No es que vos vendes y te llevas la plata, acá la gente compra para comer, para bañarse, para vestirse. Va girando como una rueda o una cadena, si vendí algo, voy enfrente y compro lo que me hace falta en la casa”*.

Tanto la solidaridad y confianza mutua como base de los lazos sociales entre los feriantes, como la necesidad, la cual se acrecienta en contextos de recesión económica como el que atravesamos en la actualidad, dan lugar a la manifestación de prácticas que mantienen viva la experiencia del trueque. De este modo, al igual que Sara la gran mayoría de los feriantes hace sus compras en la misma feria.

En este sentido, y en el marco de una coyuntura desfavorable para la clase trabajadora en su conjunto, las ferias populares se tornan espacios abiertos a la recepción de personas vulneradas en su situación laboral. Clara muestra de ello son las largas cuerdas sobre las que fue creciendo la Feria del Tanque en los últimos tres años, crecimiento que algunos feriantes estiman en un 40%. La extensión territorial, además, no es la única consecuencia palpable. Los feriantes aseguran que hay un crecimiento significativo de la necesidad de las personas, y con ello, un cambio respecto a sus pautas de consumo. Los consumidores de las ferias compran más ajustado a sus posibilidades, sólo aquello que necesitan. En este contexto, las

prácticas relacionadas al trueque y las actitudes de solidaridad colectiva como las que hemos detallado, se recrean e intensifican.

### **Reflexiones 3: El espacio público como espacio de trabajo**

En tercer lugar, quisiéramos destacar una particularidad de esos espacios: este sujeto feriante con sus prácticas de construcción de lazos y tensiones sociales y comunitarias que lo caracterizan, desarrolla su trabajo en el espacio público, en el marco de experiencias de fuerte anclaje territorial. Para especificar a qué nos referimos, y por la relevancia que creemos tiene para el análisis, al enfoque de la economía popular, sumamos la perspectiva del espacio social y el territorio. Este enfoque, parte de dar centralidad al espacio donde ocurren los procesos sociales, entendiendo que allí se expresan las relaciones, acciones y prácticas de los actores sociales, y por lo tanto, se reflejan el dinamismo, las relaciones de poder y la multiplicidad.

En este sentido, entendemos a las ferias como espacios sociales en construcción, los cuales representan en su conjunto una importante variedad de intereses que tensionan en su interior, y se disputan con otros proyectos de la trama urbana donde funcionan.

Las ferias populares nacen como experiencias disruptivas de la planificación urbana local, emplazándose en espacios públicos de la ciudad, particularmente baldíos y plazas, y ocupando actualmente también las veredas y calles aledañas.

En este sentido, analizar el trabajo en la economía popular nos lleva necesariamente a incorporar en el análisis la dimensión territorial, pues gran parte del trabajo de la economía popular en general y de los feriantes en particular, se desarrolla en el espacio público. Esta característica es novedosa en el campo de las investigaciones del mundo del trabajo, e implica pensar en las particularidades que tiene la utilización de los espacios comunes (y los domésticos) como espacios laborales, en contraposición o diferenciado de la fábrica como espacio tradicional de empleo (Busso, 2011). La existencia de los más humildes se desarrolla en una nueva dimensión laboral y territorial. En las periferias sociales modernas, *“el barrio es la nueva fábrica, porque en gran medida, el lugar de trabajo de millones de excluidos se ha trasladado al hogar o los espacios públicos”* (Grabois, 2013:11).

La fábrica, como representación del espacio de trabajo tradicional, está pensada como lugar de trabajo, y en este sentido, con mejores o peores condiciones, se equipa por los empleadores para el desarrollo de las tareas. Cuando el trabajo se desarrolla en el espacio público, esas condiciones -a menos que sean garantizadas por el estado local- deben autogenerarse. Los trabajadores feriantes se encuentran por un lado, expuestos a las inclemencias del tiempo, y por otro, deben organizar sus propios mecanismos de acceso a servicios como ser sanitarios, agua potable, electricidad, mantenimiento y limpieza.

Pero, además, la ocupación del espacio público genera inquietudes, gustos y disconformidades. ¿Quién es portador del derecho de decidir qué debe ocurrir en los espacios públicos? ¿El estado municipal, los vecinos de esa zona o cualquier ciudadano que decida hacer uso? La bibliografía sobre el uso de los espacios urbanos es amplia. Aquí nos limitamos a destacar que para los feriantes populares, la instalación de su actividad económica en un espacio público sin autorización estatal, también implica lidiar con la

disputa por el lugar de trabajo, defender con la presencia permanente, el derecho de trabajar en tal o cual plaza, baldío o calle.

Entonces, en las ferias, el espacio público originalmente pensado como lugar de esparcimiento, ocio, paseo o tránsito, es transformado en espacio de trabajo e intercambio comercial. Lo que en este trabajo intentamos demostrar, es que en el caso de las ferias populares de Rosario, ese espacio de trabajo reconvierte aquel sitio (de paseo, tránsito, etc.) dotándolo de mayor dinamismo socio-urbano. Y con ello nos referimos por una lado, a la conjugación de la esfera laboral con la personal, familiar y de sociabilidad; la creación de zonas de encuentro, difusión de actividades, campañas, creación artística, y en definitiva, de construcción de relaciones sociales y ciudadanía. Y por otro lado, a los conflictos que se generan por las múltiples percepciones sobre su uso.

Siguiendo a Doreen Massey (2007), el espacio es producto de las relaciones sociales que lo constituyen, y de los distintos intereses que sus actores expresan. En este sentido, las ferias populares son espacios donde existen actuales y potenciales situaciones de conflictos internos, con actores externos y con el Estado.

La Feria del Tanque ilustra, por su magnitud geográfica, algunos conflictos en el barrio que a estos efectos nos sirven de ejemplo: la repentina expansión de la feria en los últimos tres años hacia el interior de las calles del barrio, crea durante el horario de funcionamiento, un bloqueo del paso de entrada y salida al barrio. Puntualmente, los días de feria -sábados y domingos entre las 7hs y las 15hs-, la línea 110 de transporte público desvía su recorrido, o bien simplemente lo corta en Rouillón y Espinosa, dejando unas 10 cuadras sin recorrer, que es la distancia en que se prologa la parada para los vecinos del barrio Qom. Además de ello, el barrio queda con importantes dificultades de acceso para todo tipo de automóvil, incluido unidades de las fuerzas policiales y las ambulancias. De hecho, existe un antecedente de fallecimiento de una mujer adulta mayor del barrio a quien la ambulancia no logró llegar a asistir.

A modo de sumar a los ejemplos, en la Feria Homero Manzi, las diferencias por la ocupación del espacio público han sido incluso más conflictivas. Los feriantes disputan su permanencia en la plaza desde sus orígenes con el Club aldeaño Unión Sáenz Peña (quienes consideran que la feria les restringe el desarrollo normal de sus actividades), y con los vecinos. Para estos últimos, la feria genera opiniones diversas, hay quienes creen que la feria produce ruidos molestos al armarse a la mañana y suciedad al finalizar, y hay quienes disfrutan de ir saludar a los feriantes y tomarse un mate al pasar. Por otro lado, hace dos años, la Municipalidad decidió cercar la plaza, y desplazar a los feriantes con el objetivo de colocar nuevos juegos para niños. Hecho que no se concretó, ya que los feriantes continuaron vendiendo en las veredas al lado del vallado hasta que la Municipalidad tuvo que quitarlo.

En ambos ejemplos, vemos expresada la disputa por el espacio público y la multiplicidad de percepciones sobre su uso por parte de los distintos actores que intervienen en él, creando tanto una esfera laboral y de sociabilidad para feriantes y algunos vecinos, como un espacio de tensión por su configuración territorial urbana entre estos, el Estado, los vecinos y las distintas organizaciones que puedan estar involucradas como es el caso del Club.

#### **Reflexiones 4: Modos de institucionalidad popular**

Como últimas reflexiones, remarcamos a las ferias como constructoras de modos de institucionalidad popular. Siguiendo la perspectiva del territorio, afirmamos que en los espacios sociales, los actores

buscan territorializar, es decir, dotar de sentido propio al espacio, tener control del mismo, ser quienes tomen definiciones en y sobre este, desplegar sus propias dinámicas de funcionamiento. Territorializar, en este sentido, es también apropiarse del espacio física y simbólicamente. Y, apropiarse es -entre otras cosas-, delimitar, establecer límites, fronteras (Madoery, 2016).

Los feriantes, a lo largo de sus años de existencia y en ausencia de una regulación pública concreta, han sabido construir sus propias formas de organización y pautas de convivialidad, que fueron erigiendo determinadas reglas del ejercicio de la actividad desde las bases. De esta manera, cada feria ha fijado límites que rigen hacia el interior y fronteras hacia afuera con actores externos. Hablar de límites implica ciertamente señalar restricciones, contornos a los que no se puede ignorar ni traspasar. Pero también significa hablar de alcances, de orden, de construcción de un colectivo de pertenencia. La apropiación temporal y específica de un espacio urbano por parte de los feriantes, es una forma de construcción de identidad colectiva, y ello forma parte del proceso de autoconstitución de las ferias.

Estas prácticas, se van institucionalizando en el quehacer de las ferias, regulando las lógicas de relacionamiento social, el intercambio comercial y los criterios de trabajo. Ambas ferias observadas ordenan, por ejemplo, sus propias normas de ingreso de nuevos puesteros y de control de la mercadería en venta, los días y horarios de funcionamiento, la ocupación del espacio público y el suministro de los servicios. Y hacia afuera, determinan la manera de relacionarse con otros actores, por ejemplo los visitantes, los compradores, los vecinos, las organizaciones sociales y gremiales, el Estado local.

A estos mecanismos de regulación colectivos que sostienen las pautas de uso del espacio común, los llamamos modos de institucionalización popular. A nuestro entender, las ferias populares crean institucionalidad popular, ya que implican una propuesta de ordenamiento distinta a la regulación pública, que en ciertos aspectos puede ser más deficiente o precaria, pero en otros es concretamente más beneficiosa para los feriantes, pues ha surgido de su propia historia, de sus necesidades y de sus preferencias. Más aún, cuando entran en acción los modos de institucionalización estatales, estos se hibridan con las prácticas populares, rediseñando el escenario de los acuerdos y las disputas barriales.

Por poner un ejemplo rápido y sencillo, para los feriantes el criterio de ingreso a las ferias está determinado por la necesidad de percibir un ingreso, mientras que de acuerdo a la lógica de la regulación pública los criterios se relacionan con la condición socioeconómica (se controla que no posean trabajo estable o propiedades a su nombre) y con el lugar de residencia (deben residir en la ciudad de Rosario). Por otro lado, respecto de la mercadería en venta, la institucionalidad estatal circunscribe la actividad al comercio lícito, sancionando y evitando el intercambio de mercadería ilegal como ser medicamentos, drogas, alimentos de distribución gratuita del Estado, armas, autopartes de autos o motos, objetos robados y animales. En la lógica de las ferias, que es la que impera hoy en día, ello se encuentra bajo responsabilidad de los mismos feriantes, quienes intervienen en estos casos en función de situaciones y aspectos concretos, por ejemplo, si la mercadería puede generar daños a terceros. De esta manera, ellos controlan que no se comercialice la venta de armas, drogas y medicamentos, mientras que otros productos son pasibles de encontrarse como es caso de alimentos de distribución gratuita del estado, autopartes o animales, ya que no generan daños directos a una persona ni al funcionamiento de la feria en su conjunto.

Es decir que, por un lado la regulación pública baja un ordenamiento desde el Estado al territorio, y por otro lado, se expresan otras formas de autorregulación social que son más flexibles, o bien más propias de las situaciones necesarias de resolver sobre la marcha. Ambas lógicas se encuentran, se hibridan, creando territorios donde operan *modos superpuestos de gobierno* (Madoery, 2016:210).

De esta manera, en las ferias populares encontramos una combinación de lógicas de regulación e institucionalización públicas y populares. Pero en la medida en que estas últimas se consolidan, modifican los márgenes de la primera, e instalan la necesidad de articular nuevas regulaciones. En este sentido, las ferias populares representan otro desafío más de armonizar las iniciativas generadas desde el territorio, que toman en cuenta los modos de vida deseados y las decisiones gestadas desde sus protagonistas, con los lineamientos de la política pública urbana.

### **Reflexiones finales**

Al interior de las Ciencias Sociales pero también como parte de un lenguaje cotidiano de nuestra sociedad, es habitual la estigmatización hacia los sujetos de la economía popular, quienes son caracterizados mucho más en función de sus “faltas” que de sus facultades y atributos específicos. Son informales por no estar reconocidos por el Estado y en consecuencia no pagar impuestos, son ilegales por no adecuarse a la norma previamente establecida, son marginales e innecesarios al sistema por no tener trabajo en el mercado laboral formal, son infra productivos por su falta de capital y tecnología. La suma de estas características hace que además, quienes tienen una mirada negativa sobre estos, los asocien directamente con el delito.

Estas caracterizaciones que son recurrentes para referirse al trabajo de la economía popular, se hacen presentes respecto de la población feriante, así como de distintos grupos urbanos que comparten algunas características, como es el caso por ejemplo, de limpiavidrios y cartoneros.

En este sentido, creemos que es un desafío pendiente de las Ciencias Sociales ahondar en las particularidades de las nuevas formas de trabajo urbano que emergen como producto del avance del capitalismo en su forma actual. Entender estos fenómenos inmiscuidos en su proceso histórico y político, y en su contexto de sociabilidad, espacialidad y temporalidad específicos. Cuestionar las categorías del discurso hegemónico con las cuales se las define, y proponer otras interpretaciones adecuadas a sus realidades y a sus necesidades. Abordar los fenómenos socio-urbanos contemporáneos desde una mirada más comprometida y dispuesta a producir diagnósticos y formular caminos posibles de inclusión e intervención que puedan ser contemplados por la política pública local.

A lo largo de estas páginas hemos intentado dar un pequeño aporte en este sentido, poniendo en valor ciertos modos de reproducción de la vida del sujeto feriante, destacando sus potencialidades, sin desconocer sus focos de conflictos y tensiones sociales y territoriales, los cuales son también parte constitutiva de su identidad como sujetos.

En este sentido, las ferias populares como experiencias de economía popular, expresan problemas inherentes a la historia de nuestra sociedad, a la fragmentación del mundo del trabajo y al contexto socioeconómico coyuntural. Son reflejo de las vulnerabilidades e injusticias padecidas por los sectores

populares de los grandes centros urbanos de nuestro país como es el caso de Rosario, pero también de sus capacidades de reacción y creación frente a ello.

Las ferias populares no son fenómenos esporádicos, tampoco son experiencias marginales, de violencia y economía delictiva. No desconocemos la venta de ciertos productos no habilitados, sin embargo esta no es la característica predominante de la comercialización de las ferias. Por el contrario, lo que prevalece son estrategias y mecanismos de reproducción y supervivencia, donde se exhibe la lucha cotidiana por la propia dignificación y transformación de las condiciones de vida, en espacios que se encuentran arraigados, consolidados y cuidados por los mismos actores.

Asimismo, detectamos allí la presencia de lazos y solidaridades que expresan no sólo comportamientos de socialización, sino también una dinámica laboral constitutiva de los espacios. Que, a su vez, son parte de las lógicas propias de organización y funcionamiento que determinan la institucionalidad popular de la que hablábamos.

De este modo, y en ausencia de una regulación pública han sostenido durante 18 años una actividad económica emplazada en una localización fija, en días y horarios determinados, dando trabajo a miles de rosarinos y la posibilidad de conseguir artículos de necesidad básica a bajo precios a muchos otros. Como hemos visto, estas pautas populares coexisten y se hibridan con la institucionalidad formal del Estado. Pero en la medida que se consolidan, modifican los márgenes de la institucionalidad entendida del modo liberal republicano, e instalan la necesidad de articular nuevas regulaciones públicas.

La temática puede profundizarse y ampliarse desde múltiples aspectos. Desde nuestro humilde lugar, escribimos estas líneas con el objetivo de transmitir la intención de seguir aportando a la problematización y promoción del trabajo en la economía popular, cuestionando barreras hegemónico-discursivas, y tomando posición en pos de la reducción de desigualdades sociales, y la transformación de las condiciones de vida de nuestra sociedad, desde una perspectiva situada y comprometida.

### **Bibliografía**

AUAT, Alejandro (2011): "Hacia una filosofía política situada". Waldhuter Editores. Buenos Aires, Argentina.

BISSAGIO SOARES, Claudia Lucia (2013): "Moneda Social" en "Diccionario de la otra economía" coordinado por Antonio David Cattani, José Luis Coraggio, Jean-Louis Laville. 2da edición. Universidad Nacional de General Sarmiento. Los Polvorines, Argentina.

BUSSO, Mariana (2011): "Las ferias comerciales: también un espacio de trabajo y socialización. Aportes para su estudio". Trabajo y sociedad, (16), 105-123. Disponible en: [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1514-68712011000100007&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1514-68712011000100007&lng=es&tlng=es)

CORAGGIO, José Luis (2013): "La economía social y solidaria y el papel de la economía popular en la estructura económica". Presentado en el Seminario Internacional "Rol de la economía popular y solidaria y su aporte en el sistema económico social y solidario", 24-26 de julio del 2013, Quito, Ecuador.

DEFOURNY, J., DEVELTERE, P. y FONTENEAU, B. (2002): "La Economía Social en el Norte y en el Sur". Ed. Corregidor, Buenos Aires, Argentina. Cap. 1: Orígenes y Contorno de la Economía Social en el Norte y en el Sur.

- GAGO, Verónica (2014): "La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular"- 1a ed. Tinta Limón. Buenos Aires, Argentina.
- GRABOIS, Juan (2013): "Capitalismo de exclusión, periferias sociales y movimientos populares" Emergenza Esclusi. The Emergency of the Socially Excluded Pontifical Academy of Sciences, Scripta Varia 123, Vatican City. Disponible en: [www.pas.va/content/dam/accademia/pdf/sv123/sv123-grabois.pdf](http://www.pas.va/content/dam/accademia/pdf/sv123/sv123-grabois.pdf)
- GRABOIS, Juan (2014): "Precariedad laboral, exclusión social y economía popular" Sustainable Humanity, Sustainable Nature: Our Responsibility Pontifical Academy of Sciences, Extra Series 41, Vatican City 2014 Pontifical Academy of Social Sciences, Acta 19, Vatican City 2014. Disponible en: [www.pas.va/content/dam/accademia/pdf/es41/es41-grabois.pdf](http://www.pas.va/content/dam/accademia/pdf/es41/es41-grabois.pdf)
- HACHER, Sebastián (2011): "Sangre Salada: Una feria en los márgenes". Marea. Buenos Aires, Argentina.
- HAESBAERT, Rogerio (2011): "El mito de la desterritorialización. Del fin de los territorios a la multiterritorialidad". Siglo XXI editores, México. Introducción y Cap. 2: Definir territorio para entender la territorialización.
- MADOERY, Oscar (2016): "Los desarrollos latinoamericanos y sus controversias". Ediciones UNTDF. Ushuaia, Argentina.
- MASSEY, Doreen (2007) (Open University, Inglaterra): "Geometrías del poder y la conceptualización del espacio". Conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 17 de setiembre 2007.
- POLANYI, Karl (2011): "La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo". Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina.
- POLANYI, Karl (2018): "Nuestra obsoleta mentalidad de mercado". Virus Editorial, Primera edición: octubre 2018. Barcelona.
- SARRIA ICAZA A.M y TIRIBIA, L. (2004): "Economía popular" en "La Otra Economía. Colección de lecturas sobre economía social". Ed. Altamira. Argentina.
- ZARAZAGA, Rodrigo (2017 a): "Introducción. El Estado Golem" en Zarazaga, & L. Ronconi (Eds.). "Conurbano infinito: Actores políticos y sociales, entre la presencia estatal y la ilegalidad." Siglo Veintiuno. Buenos Aires. Disponible en: <http://fundacionosde.com.ar/backend/upload/files/zarazagaRonconi.pdf>